

La Verdad en Agustín de Hipona

The Truth in Agustin from Hiponia

Francisco Cosme Doti Tori¹

Universidad de Montevideo

Montevideo, Uruguay

<https://orcid.org/0009-0006-4543-4779>

f.dotitori@gmail.com

Sumario: 1. Resumen. 2. Contexto histórico. 3. La Verdad en Agustín de Hipona. 4. Agustín y su contexto. 5. Conclusión.

Resumen: En el presente estudio se aborda el tema de la verdad en el pensamiento de San Agustín de Hipona desde el punto de vista filosófico-teológico así como su labor en el contexto sociocultural. Para ello se tomarán como fuentes primarias algunas obras literarias de San Agustín, así como trabajos historiográficos relativos la época en la que vivió.

Se considera relevante abordar el tópico de la verdad por tratarse del asunto central y acuciante que motivó la búsqueda que orientó toda su vida y se plasmó en su pensamiento, obras y vida. Asimismo, la orientación hacia la verdad que adquirió su pensamiento repercutió significativamente al configurar narrativa cristiana del mundo romano y fortaleció la comunidad de fieles de la iglesia cristiana.

¹ Maestrando en Historia Sociocultural. Universidad de Montevideo. Uruguay. Profesor de Historia por el Instituto de Profesores Artigas

Palabras clave: Cristiandad, Romanidad, Paganismo, Agustín de Hipona.

Abstract: The aim of this study is to address the concept of truth in the thought of Saint Augustine of Hippo from a philosophical and theological perspective, as well as to analyse the pastoral work he carried out within the sociocultural context of his time. To this end, the primary sources consulted include some of the author's literary works, and historiographical studies related to his time and place.

Particular emphasis has been placed on the issue of truth, as it served as the guiding principle of his thought, writings, and life. Furthermore, his orientation toward truth significantly impacted the shaping of the Christian narrative of the Roman-pagan world and strengthened the community of believers within the Christian Church.

Keywords: Christendom, Romanity, Paganism, Augustine of Hippo.

Cita sugerida: Doti Tori, Francisco Cosme. (2025). La Verdad en Agustín de Hipona. *Revista de Historia Universal*, 32, 75 – 94.

Contexto histórico

En el siglo I Virgilio en su obra “La Eneida” emite una relevante exhortación: “Tú, romano, recuerda tu misión: ir rigiendo los pueblos con tu mando. Estas serán tus artes: imponer leyes de paz, conceder tu favor a los humildes y abatir combatiendo a los soberbios”. De este modo, el gran poeta transmite el llamado providencial de Roma de regir los destinos de la ciudad que, fundada sobre el rito etrusco, fue concebida como Res Sacra y caput mundi. En efecto, “la acción paradigmática por la cual Júpiter consagró la gens divina de Eneas fija también su destino y su función en el mundo cuyo cumplimiento responde a la voluntad divina” (Boch, 2018, p. 56).

En el mundo grecorromano precristiano no existía la separación entre política y religión que caracterizan los tiempos modernos. Y es que, en el mundo antiguo “la *areté*, las *mores*, la *virtus* se expresan a través de la comunidad política, por ello los conceptos políticos no pueden desvincularse de los religiosos o sociales” (Hubeñak, 2015, p. 219) y es en este sentido que hay que entender de qué manera el crecimiento del cristianismo no sólo repercutió en un cambio en la religiosidad sino también en la cosmovisión romana que implicaba, al mismo tiempo, al gobierno imperial y su sentido providencial.

Resulta muy claro observar de qué manera vivían los romanos su religiosidad y el sentido de trascendencia que implicaba el ser ciudadano romano a través de lo que ilustra Boch al decir que:

Cada ciudadano romano debía contribuir al mantenimiento de la paz con los dioses en cada acto de su vida. (...) Para el romano no existía diferencia alguna entre vida civil y religiosa; lo trascendente se encarnaba en la inmanente, la pax eterna se fusionaba en la terrena. Cada descuido hacia la regio conllevaba el rompimiento de la “*pax deorum hominumque*”, provocaba la ira de los dioses y determinaba una falta grave contra el Imperio y el emperador, implicaba un crimen religioso y exigía la expiación. (Boch, 2018, p. 58)

En este sentido, dejar de realizar estas prácticas religiosas que unían el cielo y la tierra romanos y, al mismo tiempo, otorgaba un sentido trascendental que los dioses daban al Imperio significaba un peligro para el sustento político y social del mundo conocido. Un ejemplo claro de ello fue el conflicto por el Altar de la Victoria suscitado entre Quinto Aurelio Símaco y el obispo de Milán, Ambrosio.

El principal órgano institucional del Imperio encargado de hacer que estas prácticas se mantuvieran vigentes y así lograr la sostenibilidad del Imperio era el Senado romano. En palabras de Boch (2018):

El senado es la sede de la *Maiestas Populi Romani*, después del advenimiento de la Res publica, en pleno ejercicio de su *auctoritas*. Fue el guardián de la consigna original, evitando que se trasgrediera y que el pacto con Júpiter quedara disuelto. (...) el senado encarnaba la identidad paradigmática del ser romano y por ello era el responsable de realizar de manera eximia la misión que Roma tenía asignada por voluntad divina. Estaba llamado por Júpiter a asegurar la fidelidad a la *religio* y a la *traditio*, y a dirigir la consolidación del Imperio Universal. En esta asamblea fueron depositadas las creencias, las artes sacras del *populus Romanus*, el *ius* y el *mos maiorum*, que constituían la conciencia mesiánica del destino imperial. (p. 59)

La cuarta y quinta centuria fue un marcado período de transición entre dos cosmovisiones incompatibles. Al decir de Boch (2018), para los romanos

La idea de la Roma Eterna fue entonces entendida por ellos desde los esquemas de su pensamiento tradicional e intentaron protegerla del eminente peligro que significaba el avance del cristianismo, religión a la cual responsabilizaron de la ruptura de la '*pax deorum hominumque*' y en consecuencia de la decadencia imperial, ocupando para ellos un lugar secundario los intereses meramente económicos, sociales y políticos. (p. 16)

Asegurar la continuidad de sus tradiciones y rituales religiosos era más importante que el mero hecho de hacer permanecer la tradición, sino que implicaba un sentido trascendental al acto en donde, a través de los rituales civiles se daba continuidad al pacto que los dioses habían depositado en la ciudad eterna.

En este contexto es que surge la figura de Agustín de Hipona como uno de los máximos exponentes del cristianismo y el pensamiento teológico de una Iglesia que estaba formándose tanto en fieles como en su doctrina y luchando contra las divisiones internas de las herejías. En este sentido, nos centraremos en la labor que Agustín llevó a cabo en cuanto a la defensa de la religión cristiana y su sentido de la Verdad como explicación de su importancia y veracidad con respecto al paganismo, que al decir de Florencio Hubeňak (2006), se refiere a ese:

formidable proceso de inculturación y asimilación del que surgió un núcleo de doctrina filosófico-teológica que, poco a poco, desplazó la unidad cultural comprensiva y globalizante del mundo pagano... Es imposible entender lo católico como cultura sin la trabazón doctrinal del pensamiento agustiniano, que logra conciliar lo rescatable de la antigüedad pagana con la Revelación. (Hubeňak, 2006, p. 85)

La Verdad en Agustín de Hipona

Desde antes del momento de su conversión al cristianismo ocurrida en el año 386 con 33 años, Agustín mostró un interés particular por el tema de la Verdad. ¿Qué es la Verdad? ¿Dónde está? ¿Cómo podemos conocerla? ¿Es accesible? Pero no es sino a través del Dios cristiano que dice haber conocido dónde ésta se encuentra. Podríamos resumir toda su búsqueda y pensamiento en las palabras que encontramos en el capítulo 26 del libro X de sus *Confesiones* en donde, dirigiéndose al Dios bíblico, le dice: “Tú eres la Verdad” (Agustín, 2004, p. 306). Sin embargo, considero necesario hacer un breve recorrido por los principales escritos que a nivel cronológico fue realizando y madurando este aspecto de su pensamiento.

En este sentido, el primer escrito que encontramos del año 386, año de su conversión al cristianismo, es el llamado *Soliloquios* (2014). El mismo, ya como el título lo menciona, significa una reflexión interior realizada a solas en voz alta (en este caso, escrita al público) en donde Agustín tiene una conversación con la Razón, con quien va desenvolviendo diferentes aspectos que le preocupan como el amor, Dios, el alma y la sabiduría, la Verdad y cómo encaminar todas estas cuestiones, así como los deseos y pasiones, al sumo bien.

Luego de comenzar comentando acerca de sus consideraciones interiores, ya en el primer capítulo de *Soliloquios* (2014) denominado “Plegaria a Dios”, el diálogo comienza con la iniciativa de la razón quien le dice: “Veamos, pon que has hallada ya alguna verdad. ¿A quién le encomendarás para seguir adelante?”, por lo que, luego de idas y vueltas, Agustín (2014) dice:

A Ti te invoco, Dios Verdad, en quien, de quien y por quien son verdaderas todas las cosas verdaderas. Dios, Sabiduría, en ti, de ti y por ti saben todos los que saben. Dios, verdadera y suma vida, en quien, de quien y por quien viven las cosas que suma y verdaderamente viven. (Agustín de Hipona, 2014, p. 4)

Aquí ya vemos que Agustín está poniendo en manos del Dios bíblico todas las fuerzas y deseos de su voluntad para encaminarlas al conocimiento verdadero que viene de este Dios. Ya desde entonces, es posible de observar, que Agustín, habiéndose convertido al cristianismo, deja de percibir la Verdad o el “Uno” como un ente abstracto e inalcanzable, como lo consideraba la filosofía neoplatónica de entonces, sino que, en tanto persona, este Dios es accesible y se relaciona con quienes lo buscan.

Yendo entonces al núcleo del asunto, en este mismo trabajo, en el capítulo V, Agustín se pregunta “¿*Qué es la verdad?*” y allí, cuando la razón le pide que defina la verdad, este sostiene que “es verdadero lo que es tal como parece al que conoce, si quiere y puede conocerlo”. Allí se está cuestionando la esencia de las cosas, ya que luego sostiene que “si una cosa no puede ser conocida, resulta que tampoco es verdadera” y finaliza diciendo que “la verdad me parece que es “lo que es”. Podemos observar que entonces, para Agustín, hay una relación de la verdad entre el conocimiento de las cosas y su esencia, puesto que si no hay una relación recíproca entre ambas es allí donde se entra en el error. De esta manera, la relación de la Verdad con el Dios cristiano para Agustín es lo que sostiene al comienzo en el capítulo I de su “Plegaria a Dios” al decir que “Dios verdad, en quien, de quien y por quien son verdaderas todas las cosas verdaderas. Dios, Sabiduría, en ti, de ti y por ti saben todos los que saben”. Es decir que, para Agustín, Dios es La Verdad porque en Él y por Él existe todo lo que existe y en su Ser radica la esencia de todas las cosas. Puesto que entonces, Dios es la Verdad, se da por entendido para San Agustín que ésta es eterna, además de hacer el ejercicio en el capítulo II del Libro II titulado “*La Verdad es eterna*” al decir que, si algo deja de existir es verdad que dejó de hacerlo, por lo que deduce que “la verdad subsistirá, aunque se aniquile el mundo” (Agustín de Hipona, 2014, p. 37).

A continuación, podemos observar en su obra “De Magistro” del año 389 en donde en forma de diálogo con su hijo Adeoato, Agustín aborda temáticas como la enseñanza, el conocimiento y el lenguaje. En él Agustín sostiene dos aspectos importantes con respecto a la verdad: *sólo la verdad es quien nos enseña desde dentro y Cristo es la verdad y el maestro que nos enseña interiormente*. Con esto, Agustín sostiene que la verdad reina en

nuestra mente y que es posible de ser percibida por toda alma racional en tanto ella es capaz de recibir en proporción de su buena o mala voluntad. En definitiva, es Cristo, la inmutable virtud de Dios, quien habita en el interior del hombre (*De Magistro*, 2020). Con esto Agustín se aparta de las nociones externas y abstractas de la verdad y la vincula a nuestra esencia interior, capaz de ser percibida para quien esté dispuesto a escuchar la voz interior, sabiendo que en ella Dios habita a través de Cristo.

Al año siguiente, en el 390 Agustín escribe otra obra denominada “La verdadera religión” (2017) con el propósito de defender la fe cristiana ante los ataques paganos, a pesar de haberse convertido ésta en religión oficial diez años antes con el Edicto de Tesalónica por parte del emperador Teodosio, quien además mandara a “apagar los fuegos sagrados” de los recintos paganos (Hubeñak, 2004, p. 84). En ella, como parte de la verdad que San Agustín buscaba defender, considero oportuno observar qué argumento utiliza para dar por verdadera a la religión cristiana, a saber:

El fundamento para seguir esta religión es la historia y la profecía, donde se descubre la dispensación temporal de la divina Providencia en favor del género humano, para reformarlo y restablecerla en la posesión de la vida eterna. Creído lo que ellas enseñan, la mente se irá purificando con un método de vida ajustado a los preceptos divinos y se habilitará para la percepción de las cosas espirituales, que ni son pasadas ni futuras, sino permanentes en el mismo ser, inmunes de toda contingencia temporal, conviene a saber: el mismo y único Dios Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. (Agustín de Hipona, 2017, p. 65)

Y, por añadidura, con respecto a la verdad misma que dice ser Cristo, el Verbo encarnado de Dios, Agustín sostiene diciendo que:

La verdad es la que nos muestra *lo que es* (...) aquella unidad que es principio originario de todo lo que es uno, (...) tal es la Verdad y el Verbo en el principio, y el Verbo Dios en el seno de Dios. (...) Ella revela al Uno como es en sí, por lo cual muy bien se llama su Palabra y su Luz (...) más ella es su perfecta ecuación y, por tanto, la Verdad, (...) es la *forma* de todo lo verdadero, (...) la verdad se conmesura al ser y éste se mide por el grado de semejanza con el Uno principal. (Agustín de Hipona, 2017, pp. 115-116)

En este sentido, para Agustín la verdad está relacionada con esa unidad primera de la cual provienen todas las cosas. Esta idea es observada y abordada por la filosofía de la época de los neoplatónicos, en particular de Plotino. Al decir de Peter Brown, Agustín hizo nada menos que desplazar el centro de gravedad de su vida espiritual. Había dejado de identificarse con su Dios: este Dios era totalmente trascendente, su desemejanza tenía que admitirse, y, al darse cuenta de ello, Agustín tenía que admitir que él también era desemejante y distinto de Dios” (Brown, 1997, p. 123). De todas maneras, es relevante ver cómo esa Verdad que “es la forma de todo lo verdadero” y dice mostrarnos “lo que es”, está relacionada para Agustín con el Verbo de Dios, este concepto de la filosofía griega que refiere a su Palabra creadora y de allí lo vincula al Verbo encarnado en Cristo, “su Palabra y su Luz”.

A modo de conclusión de este apartado, considero oportuno mencionar el vínculo que Agustín hace en sus Confesiones con respecto a la verdad y la felicidad ya que, en definitiva, este aspecto vinculante no sólo es una característica singular de la fe cristiana en tanto Jesús dice “Yo he venido para que tengan vida, y la tengan en abundancia” (Juan 10:10), sino que también para Agustín se trata de una vida vivida en la verdad, defendiendo esta proposición diciendo: “¿Cómo se explica el que la verdad engendre odios, y que se tenga por enemigo al siervo tuyo que la

predica, siendo así que la felicidad está en el gozo de la verdad?” (Agustín de Hipona, 2004, p. 304). Aquí adjudica otro tipo de valor a la verdad, no solo en Dios como esencia de las cosas sino como plenitud para la vida del ser humano en tanto vida sin error, certera, confiada. Para Agustín entonces, es significativo este aspecto mencionado justamente en sus Confesiones al tratarse de un libro realizado para confesar su pasado y su nueva vida en Cristo. De esta manera él dice (2004), “...pecaba yo, por cuanto buscaba la verdad, la deleitación y la sublimidad no en Él, sino en mí mismo y en las demás criaturas; y por esto me precipitaba en el dolor, la confusión y el error” (p. 45). En esta línea de razonamiento, más adelante confiesa (2004), “Encontré a mi Dios donde encontré la verdad, pues mi Dios es la verdad”, sosteniendo que “...sólo llegará a ser feliz cuando sin estorbos ni interferencias sea capaz de gozarse en aquella verdad por la cual son verdaderas todas las cosas” (p. 305).

En tanto argumentación, considero que esto también es importante de ser abordado en cuanto a la disputa discursiva que significaba contra el mundo y la religión pagana ya que se trata de dos lógicas antagónicas en la medida en que el Dios cristiano aporta felicidad, no sólo en tanto Verdad, sino también en la medida en que vive en el interior del hombre y éste puede encaminar su vida correctamente. Esto representa un cambio de paradigma sustancial cuando, por el contrario, en el mundo pagano era un deber la ritualidad del sacrificio para la sostenibilidad del imperio en tanto encargado de la paz y orden del mundo. En este sentido, el peso simbólico y psicológico es paradigmático.

A continuación, en el próximo apartado abordaremos la labor de Agustín en su contexto social e implicado en los acontecimientos

de su tiempo, sobre todo en torno al año 410 con motivo del saqueo de Roma por parte de Alarico y su ejército de bárbaros, ya como Obispo de Hipona.

Agustín y su contexto

Para el momento en el que Agustín apareció en la historia del mundo, la iglesia cristiana llevaba un relativamente breve pero significativo tiempo de desarrollo en la cultura Occidental. Sostiene Florencio Hubeňak (2006) que a lo largo del siglo IV:

El cristianismo, convertido en religión oficial del emperador, se va haciendo progresivamente una religión de Estado y tiende a imprimir su huella sobre las instituciones, el ambiente y el modo de vida; (...) la civilización de la Antigüedad tardía se quiso a sí misma, intentó serlo, se pensó a sí misma, como una civilización cristiana. (p. 83)

En este sentido, la iglesia cristiana en tanto comunidad de creyentes movilizados y siguiendo la palabra y los valores del Evangelio, ponían de manifiesto un nuevo tipo de liderazgo “urbano”. Al decir del historiador irlandés Peter Brown (1997),

Lo que Constantino y sus sucesores dieron a las iglesias cristianas fue paz, riqueza y, sobre todo, la capacidad de construirse, con una velocidad sorprendente, una posición muy fuerte a nivel local. Constantino se encontró con una institución que ya se había mostrado capaz de movilizar y redistribuir la riqueza con fines religiosos. (p. 43)

De esta manera, continúa diciendo, “la entrada del clero cristiano en la escena local como grupo privilegiado, por lo demás sumamente ambicioso, supuso un cambio trascendental, por cuanto se producía en un área que afectaba a toda la estructura del Imperio romano” (Brown, 1997, p. 44). Sumado a esto, al

momento de aparición de Agustín, la iglesia cristiana había logrado expandirse, agruparse en torno a un credo común (a pesar de las herejías) facilitado por el aparato estatal del Imperio y constituirse como institución social tomando formas en parte adoptadas del propio Imperio.

Partiendo de esta base, la labor de Agustín fue muy significativa ya que, al decir de Aníbal Fosbery (2006), fue quien llevó a cabo “un formidable proceso de inculturación y asimilación del que surgió un núcleo de doctrina filosófico-teológica que, poco a poco, desplazó la unidad cultural comprensiva y globalizante del mundo pagano [logrando] conciliar lo rescatable de la antigüedad pagana con la Revelación” (p. 85). Del mismo modo, ya el hecho mismo de su conversión resultó un aspecto crucial para la sociedad de su época en cuanto a lo que representaba esto simbólicamente en Agustín, una figura reconocida que había sido elegido por el mismo Quinto Aurelio Símaco para ser profesor de retórica de la corte imperial en Milán, cargo que implicaba pronunciar los panegíricos oficiales al emperador y a los cónsules (Brown, 1970). En este sentido, tal y como sostiene Peter Brown (1970):

La conversión y el “abandono del mundo” no significaba retirarse a la oscuridad. De un modo u otro, todos los grandes conversos a la vida ascética del Occidente latino acabaron ocupando lugares prominentes en la iglesia católica: su comportamiento era estudiado, sus libros eran leídos y sus ideas debatidas acaloradamente. Quisieran o no, habían pasado de un tipo de vida pública a otro. (p. 51)

Por ello, y en relación el tipo de vida y el círculo que rodeaba a San Agustín, Peter

Brown sostiene que, en cuanto a las *Confesiones*:

Era un libro para los *servi Dei*, para los ‘siervos de Dios’; es el documento clásico de un grupo de personas altamente intelectualizadas, los *spiritalis*, ‘hombre de espíritu’. Decía a tales gentes lo que estas querían saber, o sea, la trayectoria de una conversión sobresaliente; pedía lo que estos estaban acostumbrados a pedirse, es decir, el apoyo a sus oraciones. Contenía, incluso, emocionantes llamadas a los hombres que podían sumarse a esta minoría: el maniqueo austero y el platónico pagano, que seguían manteniéndose distantes de las atestadas basílicas cristianas. (Brown, 1970, p. 208)

Por ello vemos en el capítulo 16 del Libro I el siguiente reproche a los hombres y la religión pagana que resulta significativo desde todo punto de vista. Allí es muy representativo el esquema que presenta de la religión pagana en cuanto a expresiones de las costumbres pecadoras de los seres humanos a ojos cristianos. Y es que allí se refiere a una fábula de Júpiter y Dánae en la que ésta es fecundada por el Dios en forma de trueno. Ante esto es evidente la indignación de Agustín al sostener que en el relato el trueno “se fingió para autorizar la imitación de un verdadero adulterio con el engaño de un falso trueno”. Es decir, desvela la manipulación de la mitología para dar lugar al adulterio de un Dios, “para que los vicios no fuesen tenidos por vicios y cualquiera que los cometiese pareciese que imitaba a dioses celestiales, no a hombres perdidos”. Y más se irrita cuanto por esto se tienen el amparo de las leyes y se incita a la excitación perpetrando así y dando a beber a las generaciones de hombres “semejante torpeza”. Por lo tanto, culmina el capítulo condenando “el vino del error que maestros ebrios nos propinaban en ellos, y del que si no bebíamos éramos azotados, sin que se nos permitiese apelar a otro juez sobrio”.

Esto también, en definitiva, está vinculado con la verdad ya que “el vino del error” resulta que embriaga y pierde al ser humano a través de un relato, en este caso religioso, que tiende a ser la verdad, la realidad divina que rige los destinos del mundo.

Tras los sucesos de inestabilidad acaecidos sobre fines del siglo IV y principios del V en torno al Imperio como guerras civiles y las incursiones de los bárbaros, sobre todo el saqueo de Roma del 410,

Los paganos empezaron a hablar de *tempora christiana*, ‘tiempos cristianos’, y con esa expresión pretendían referirse no a la estabilidad del orden instaurado por Constantino, sino a aquella nueva época de ansiedad, dominada por una crisis de autoridad que había traído consigo la repetición una y otra vez de incursiones bárbaras en todas las provincias del Oriente romano. (Brown, 1997, p. 50)

Por ello, la *nobilitas* romana intentó restablecer el culto pagano en el 406 y 408, a lo que le siguió, según relata Hubeňak (2019), “el edicto de Honorio del 14/15 de noviembre del 408 -conocido como *De paganis, sacrificiis et templis*- que ponía fin a la tolerancia de los cultos paganos y disponía arrancar todas las estatuas (y llevar espadas en la corte)” (p. 82-83). Pese a ello, es necesario tener en cuenta que Alarico, siendo arriano, respetó la sacralidad de Roma ordenando “que respetasen las basílicas de los apóstoles Pedro y Pablo, convertidas en lugar de asilo inviolable” (Hubeňak, 2019, p. 91).

Por su parte Agustín, como sostiene Viviana Boch (2017), “buscó demoler la idea romana tradicional consistente en que la grandeza del Imperio se debía a los antiguos dioses y concluyó negando que a ellos debiera Roma su éxito” (p. 29). Y es que, para los romanos, como comenta el historiador Hubeňak tomando la observación de Arnaldo Momigliano, la caída de Roma ocurrió en

el 410 y no en el 476, y esto se debió al horror y el impacto psicológico con que vivieron dicho acontecimiento (Hubeňák, 2019, p. 77). Como obispo de Hipona, Agustín experimentó las repercusiones del saqueo tanto en el ámbito político-religioso como humano. Con ello, Agustín comienza a desarrollar lo que se conocerá como una de sus obras máximas, *La Ciudad de Dios*. Con ella inició una verdadera labor apologética en cuanto a la defensa de la religión cristiana como respuesta a los ataques de figuras del paganismo tales como Claudio Rutilio Namaciano, como bien aborda Viviana Boch (2017) en su trabajo citado, mencionando que la Ciudad eterna (Roma) “resurgiría victoriosa de ese mundo que contemplaba en ruinas, producto del avance de los bárbaros y de la amenaza que representaba el cristianismo” (p. 29). Agustín desarrolla entonces una “verdadera teología política cristiana, basada en una novedosa filosofía de la historia que radicaba en la creencia de bienestar y salvación de la humanidad a través del cristianismo” (Boch, 2017, p. 29). En ella es posible de observarse la profundidad, universalidad y supremacía del mensaje cristiano que abarca y salva a todos los seres humanos.

Al mismo tiempo, en tono de crítica a las reacciones paganas San Agustín comenta en el capítulo VII de su obra *La Ciudad de Dios* (citado en Hubeňák, 2019, p. 92):

Por consiguiente, todo lo que tuvo lugar en el último saqueo de Roma -ruina, sangre, robo, fuego y aflicción- es obra del estilo bélico. Empero, lo que se realizó con estilo nuevo, como el elegir y determinar las espaciosísimas basílicas que había de llenar el público agraciado con el perdón, donde no se matase a nadie ni a nadie se robase. Adonde eran conducidos muchos por los piadosos enemigos para librarse y de donde no era sacado ninguno para verse en manos de los enemigos crueles, esto debe ser atribuido al nombre de Cristo y a los tiempos cristianos.

Quien no ve esto, está ciego; el que lo ve y no lo alaba es ingrato; y el que resiste al que lo alaba, insano. (Agustín de Hipona citado en Hubeňak, 2019, p. 92)

Con esta respuesta Agustín aporta una interpretación radicalmente diferente a la que daban los paganos al entender que los tiempos cristianos eran fruto de una crisis de autoridad. A diferencia de esto, Agustín considera que los tiempos cristianos daban lugar a acciones de piedad en el seno de un contexto de guerra, en donde los invasores mostraban clemencia y respeto a todo aquello que estuviera bajo el nombre de Cristo, algo muy diferente a lo que ocurría normalmente ocurría y a lo que Agustín caracteriza como “estilo bélico”.

Sin embargo, en el mismo año del 410 y como consecuencia de la conmoción ocurrida por el saqueo de la ciudad eterna, en tanto Obispo, Agustín dirige unas palabras en uno de sus sermones (hoy conocido como el Sermón 81) en donde intenta explicar dando una interpretación y, al mismo tiempo, una explicación ante este hecho, sobre todo en forma de consolación a los cristianos ante las acusaciones de los paganos, diciendo:

Seguramente Dios no te ha dado bastante, cuando en la vejez del mundo te mandó a Cristo... No sigas ligado al mundo viejo y no rechaces rejuvenecer en Cristo, el que te dice: «El mundo perece, el mundo envejece, el mundo viene a menos, sufre el estertor de la vejez. No temas. Tu juventud se renovará como las águilas». El pagano observa: Roma muere en el tiempo cristiano. Roma no muere: fue flagelada, no muerta; fue castigada, no destruida. Roma no muere si los romanos no perecen. Y ellos no perecerán si alaban a Dios; perecerán si blasfeman ¿Qué es Roma sino los romanos? No se trata de piedras y de madera, de altas torres y de larguísimos muros. Estos se hicieron para ser destruidos. El hombre, al edificar puso piedra sobre piedra y al destruir, separó piedra de piedra. Un hombre hizo aquellas cosas (piedras y

maderas, torres y muros) y un hombre las destruyó ¿Se injuria a Roma porque se dice que cayó? No, a Roma no, en todo caso al artífice de ella. (Agustín de Hipona, citado en Hubeňak, 2019, p. 104)

Con una brillante retórica Agustín aporta la otra de los hechos desde una perspectiva cristiana. Aún en la incertidumbre durante la masacre y el dolor, Agustín renueva la mirada en el dualismo de los tiempos del mundo viejo que muere y el nuevo que renace en Cristo. Y es que para Hubeňak (2019), “Agustín se niega a aceptar un triunfo inmediato de los Bárbaros, pero no cree en la eternidad del Imperio” (p. 105) tal y como deja en evidencia en cuanto a la perennidad en el tiempo de lo que construye el hombre en contraste con el tiempo de lo que Dios construye para la eternidad. Sin embargo y a pesar de ello, da un halo de esperanza incluso a los paganos romanos a quienes les dice que Roma no perecerá si ellos no perecen, y ellos no perecerán si alaban al verdadero Dios.

En definitiva, mediante su narrativa de todo tipo, Agustín se ocupa en correr el velo de la ilusión que no sólo los paganos tenían en sus mentes con respecto a la eternidad de la “Ciudad eterna” labor no pequeña ya que, como bien menciona Peter Brown (1997), “pues para cambiar una mentalidad tan generalizada de un modo significativo y hacerla partícipe de la intransigencia de los cristianos más «avanzados» y estrictos era preciso que cambiara toda la sociedad y la cultura del Imperio romano” (p. 42).

Conclusión

A modo de conclusión podemos decir que Agustín logró definir concretamente la Verdad al sostener que ella es Dios y desde allí consignar por consiguiente cuáles son sus cualidades eternas y

absolutas. Al mismo tiempo, pudo vislumbrar un aspecto trascendental sobre la Verdad al entender que la misma radica en el interior del ser humano a través del espíritu del Verbo encarnado, Cristo. Estos asuntos fueron fundamentales para consolidar su pensamiento y labor apologética en un contexto en donde, si bien el cristianismo había logrado su consolidación como religión oficial del Imperio, seguían existiendo movimientos paganos que de alguna u otra manera cuestionaban su credibilidad y promovían, por lo menos, que dejara de ser la religión oficial y así que el paganismo pudiera continuar celebrando sus rituales. En este sentido, no solo contamos con el testimonio de la historia para saber que el cristianismo logró imponerse por sobre el paganismo a pesar de los reveses que azotaron al Imperio romano sobre todo en el siglo V, sino que el pensamiento de Agustín fue el que dio forma a la cristiandad medieval de los años y siglos posteriores.

A través del tema de la Verdad podemos ver que ésta no sólo tenía que ver con un carácter conceptual y una búsqueda filosófica de Agustín, sino con un aspecto que atañe a la existencia del ser humano, tal y como sostiene al principio de sus *Confesiones* al decirle a Dios: «*Nos hiciste, Señor, para Ti; y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Ti*» (2004, p. 17). Por lo tanto, Dios en tanto Verdad y el ser humano inquieto por la búsqueda de esta, no encuentra paz hasta que ambas se encuentren. Esto es lo que Agustín vio de verdad en el cristianismo y determinó su conversión a sus 33 en el año 386. La implicancia personal y espiritual que este tema genera en el ser humano es trascendental para su existencia y al mismo tiempo su vida en sociedad.

Este trabajo, en definitiva y como todo, también parte de una búsqueda personal que encontró en Agustín y el ambiente

político-religioso una inspiración para ver, aprender y formar el conocimiento histórico y filosófico de lo que trasciende al ser humano. En ese sentido, la vida del protagonista, lo que implicó su conversión y su labor teológica y apologética sirven de ejemplo para todos los tiempos y circunstancias en la que nuestro contexto nos interpele.

Referencias

- Agustín de Hipona. (2004). *Confesiones*. Editorial Claretiana.
- Agustín de Hipona. (2014). *Soliloquios*. Ediciones Rialp.
- Agustín de Hipona. (2017). *Obras escogidas de Agustín de Hipona. Tomo I: La verdadera religión*. Editorial CLIE.
- Agustín de Hipona. (2020). *Sobre el maestro. De magistro*. Editorial Universitaria.
- Boch, V. (2018). *La agonía del paganismo: El círculo de Símaco y sus contemporáneos*. Educa.
- Boch, V. (2017). A propósito de la caída de Roma: Un análisis de los escritos de Claudio Rutilio Namaciano. *Helmantica: Revista de Filología Clásica y Hebrea*, 68(200), 15–34.
- Brown, P. (1997). *El primer milenio de la cristiandad occidental*. Editorial Crítica.
- Brown, P. (1970). *Biografía de Agustín de Hipona*. Editorial Revista de Occidente.
- Hubeňák, F. (2006). *Historia integral de Occidente: Desde una perspectiva cristiana*. Educa.

Hubeňak, F. (2015). Algunas consideraciones sobre el pasaje de la romanidad a la cristiandad. *Helmantica: Revista de Filología Clásica y Hebrea*, 66(195), 213-233.

Hubeňak, F. (2019). El saqueo de Roma del 410 y sus implicaciones político-religiosas. *Helmantica: Revista de Filología Clásica y Hebrea*, 70(204), 77-108.